DÍA OCTAVO

CONSIDERACIONES SOBRE LA VIDA DE MARÍA EN EL TEMPLO

La vida de María en el templo, después de la consagración que hizo de sí misma al Señor fué vida de retiro, vida de amor, vida de sufrimientos.

Punto I°. — La vida de María en el templo fué vida de retiro. Tuvo siempre el retiro particular atractivo para la almas á quienes Dios llama á la perfección, y parece en efecto que la virtud de desarrolla allí con más facilidad.

En medio del torbellino del mundo, de la agitación y placeres, de la preocupación de los negocios, no puede la gracia sino con dificultad oír la voz de Dios, y sentir el toque secreto de la gracia. Pero en el retiro está Dios más cerca de nosotros, y todas las entradas de nuestro corazón están abiertas. Él mismo nos dice que lleva el alma á la soledad, cuando quiere hacerse oír de ella sin obstáculo. *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus.* Y por eso mismo llamó á María. Una vez entrada en el templo, fué olvidada de todas las criaturas, pero más conocida de Dios ; conversaba

poco con los hombres, pero no cesaba de conversar con el cielo ; no poseía nada, pero había hallado el tesoro oculto, y la perla evangélica ; estaba separada de sus parientes y amigos, pero Dios era su padre, su amigo y esposo. El la visitaba, la regocijaba y consolaba, pues en ella había establecido su morada. Mejor que el arca antigua de la alianza, ella era centro y trono de la Divinidad, que la penetraba con sus luces, la inundaba con su gracia, la transformaba en semejanza suya, y le comunicaba una belleza invisible á los ojos de los mortales, pero que arrebataba de admiración á los espíritus celestiales.

Detengámonos aquí un momento, y meditemos la grande é importante lección que nos da María retirada en el templo. Ella estaba libre de la concupiscencia, por lo tanto, no era peligroso para ella el vivir en el mundo ; nada tenía que temer de la seducción y placeres, de la corrupción y máximas, y mal ejemplo ; sin embargo, virgen prudente, pone á salvo su inocencia con huír del mundo, y pasa en el retiro la edad en que más escollos encuentra la virtud. ¡ Cuán lejos estamos de imitar tal ejemplo ! Como si nada tuviéramos que temer por el tesoro que llevamos en un *vaso frágil*[1] vivimos sin cautela alguna en medio del mundo y sus escándalos ; jugueteamos en medio de los

1. II, Cor., IV 7.

peligros, como si estuviéramos seguros de evitarlos ; amistades sospechosas, reuniones profanas, libros romanescos, todo lo admitimos. ¡ Qué mucho que esté nuestra alma abierta á todas las tentaciones, y que tan débiles seamos para rechazarlas !

Punto IIº [1]. — La vida de María en el templo fué vida de amor á Dios. Destinada á ser la madre de un hijo que era al mismo tiempo su Dios, María debía amar más que criatura pudo amar nunca ; debía ser su corazón un horno de caridad, su vida un acto continuo de amor, y su muerte un ímpetu de amor sublime. Reside pues en el templo para ejercitar su corazón en el amor ¿ y quien dirá los santos ardores en que se consumía su alma ? Ella amó más que aquel padre de los humanos, colocado por la mano del Señor en un jardín de delicias. Jamás Adán, cuando era todavía inocente, cuando todavía podía contemplar en sí los beneficios de su Dios, cuando sentía al rededor de sí la acción tutelar de su divina presencia, jamás Adán amó á Dios como esa joven virgen que vino á buscar en el templo un refugio á su inocencia, y un alimento á su amor.

« María amó más que aquel reparador de la humana progenie, el cual, siendo el único justo en una culpable generación, fué el único exceptuado del universal castigo. Jamás Noé

1. Sacado del padre Doucet.

cuando vió al salir del arca los vestigios del espantable estrago de que había sido salvo, jamás Noé amó á Dios, cuya mano había sostenido encima de las olas su frágil vivienda, tanto como María le amó en el templo. ¡ Ah ! también ella veía desde lo alto del santo monte otro diluvio que había invadido la tierra, y torrentes de iniquidades, que no habían podido sumergir su inocencia, porque Dios mismo la había encerrado en el arca. Ella lo veía y para pagar su deuda de agradecimiento, amaba al Dios tan bueno para ella, le amaba cada día más, y hallaba su felicidad en amarle.

« María amó más que el rey profeta, el cual nos transmitió en santos cánticos la prueba y expresión de su amor. Muchas veces exclamó como él, pero con más vivo alborozo : Yo te amo ¡ oh Dios de mi corazón ! yo soy tuya por toda la eternidad. ¡ Ah ! vayan otros á buscar en la copa de Babilonia los placeres que dan la muerte al alma ; yo atajaré en el caliz del Señor la sed que me quema, y en él apagaré los ardores que me consumen. ¡ Cuán amados, Dios de Israel, cuán amados son tus tabernáculos, cuán amados de mi corazón ! Te comunicas á tu humilde sierva, colmas sus deseos, y derramas la felicidad en toda su alma ; un día pasado al lado de tus altares vale más que mil días en la tienda de los pecadores.

« María amó más que san Pablo, más que santa Teresa, más que santa Catalina de Siena ;

amó más que todos los santos, porque siendo más puro su corazón, se difundía la gracia en él con más abundancia, y penetraba el amor más hondamente. Por eso cuando se exhalaban sus sentimientos en oraciones, cuando su corazón abrasado de amor se dirigía al Dios á quien amaba, ¡ qué fervor ! ¡ qué ardorosas palabras ! Bajaban los ángeles del cielo para recogerlas, y después de contemplar, invisibles testigos, á la niña en oración, volvían á subir abrasados de nuevo celo, hacia el trono del cordero, para repetir con más amor el eterno cántico de su gloria. Esa era la vida de María en el templo : vida de amor expresada en la oración. Así se preparaba á amar al Dios que debía ser un día hijo suyo ; probaba su corazón, por decirlo así, dilataba su capacidad, para que pudiera caber en él todo el amor que quería tener por su Dios. »

Punto III° [1]. — La vida de María en el templo fué vida de sufrimientos. Tenía un padre y una madre, que habían atendido á su niñez. Ella pudo dejarlos por Dios, pero todavía les quiere ; se acordaba siempre de las últimas palabras de su madre, al abandonar el techo paterno ; aún estaba viendo á su anciano padre con la mano trémula sobre su cabeza, bendiciendo su resolución. Pues bien, los llama Dios á su lado, y vierte María sus primeras

1. Sacado del p. Doucet.

lágrimas para llorar la pérdida de sus queridos padres. Bajaron éstos al sepulcro, y estando detenida en los santos lugares por solemne compromiso, no pudo ella ir á recibir su última bendición y postrer suspiro.

La causa segunda de sufrimientos para María fueron las sequedades en la oración, y esas languideces del alma con que Dios se complace en probar á aquellos á quienes tiene afecto. Pues nos dicen los libros santos que Dios las reserva á quienes él ama, ¿cómo podríamos creer que las evitó á María? En esos momentos de abandono de parte de Dios, á quien únicamente amaba ¿quién pudiera decir los tormentos y angustias de María ? Y los sufría con esa admirable sumisión por la cual la llaman Reina de los mártires. Así en el templo esa Virgen de dolores se acostumbraba al padecimiento, hasta el día en que, llamándola Dios al mundo, la hizo salir de su santo y amado retiro.

Y ahora surge para María nueva fuente de dolores. Había pensado pasar todos los días de su vida en el templo, donde había concentrado todo su afecto, y ahora es preciso dejar el santuario, su morada predilecta : el altar, al pie del cual tantas veces bendijo al Señor, y cantó sus alabanzas. Es preciso separarse de sus amadas compañeras, con quienes había vivido, y tejido guirnaldas para adornar el tabernáculo; con quienes había leído y meditado la ley del Señor · ella llora, pero obedece. Y tú, hijo de

María, ¿sabes amar y sufrir á ejemplo de María? Amar y sufrir es el secreto de los santos, el secreto de las grandes almas, el sello de los predestinados. ¿Sabes amar? ¿dónde están las pruebas de tu amor, el fervor de tus oraciones, la generosidad de tus sacrificios? ¿Sabes sufrir? ¿dónde está tu paciencia en las tribulaciones, tu conformidad en las pruebas?

¡Oh Virgen predestinada! bella y gloriosa hija de Judá, rosa misteriosa, ¡oh divina María! cual una flor, tú creces graciosa en el templo de Jerusalén; tú te elevaste pura y santa al amor y sufrimiento. Yo quisiera amar y sufrir como tú, pero; ay de mí! no tengo ni amor, ni aliento. Ven á socorrerme, Madre buena; logra que yo ame á Jesús con amor tan ardiente, que me ayude á soportar como cristiano todos los trabajos de la vida.

EJERCICIO

Procuremos, á ejemplo de María, vivir en e retiro, y si nos vemos obligados á parecer en medio del mundo, acompáñennos la prudencia y modestia; y no perdamos de vista la presencia de Dios.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

La leyenda de la palmera. — Las leyendas son unos relatos que corrían en la edad media, y cuya verdad no estriba en monumentos auténticos. La

Iglesia, sin aprobar tales relatos, tampoco los rechaza de un modo absoluto, y deja á los fieles la libertad de alimentar su fe con ellos.

La leyenda de la palmera se refiere á la huída de Nuestro Señor á Egipto.

Ese acontecimento fué siempre en la Iglesia asunto fecundo para la piedad y el arte, habiendo sido también para las almas religiosas fuente abundante de lágrimas y contemplación. Y no sólo es por sí ese misterio de belleza extrema, si no que los gentiles se holgaron en mirarlo, después de la Epifanía, como principio de las hechos de Nuestro Señor para con ellos.

Hacía poco tiempo que María había vuelto á su casa; estaba su corazón tronzado, y necesitaba descanso, mas no es el descanso herencia de Jesús, ni de María. En medio de la noche, se aparece el Señor durante el sueño á José, guardián en la tierra de los tesoros más preciosos del cielo, le ordena que se levante, tome al niño y su madre y huya á Egipto. Estaba la noche sombría y tranquila en la pequeña ciudad de Nazareth. Se puso en marcha José.

Ningún gran santo, ni ángel celoso ejecutó jamás un mandato de Dios con más prontitud, que lo hizo María.

Cogió su tesoro dormido como estaba, y salió con José á la luz fría de las estrellas, pues la pobreza de María tenía pocos preparativos que hacer. Había venido Jesús como Dios, se iba también como Dios, sin ser observado, y sin que su ausencia pareciera dejar vacío alguno. Parece que nadie hace menos falta á la tierra, que aquel de quien depende la tierra entera.

Al cabo de algunos días de marcha, pasaron las fronteras de la tierra prometida, y se introdujeron en la soledad del desierto. Un día, llegaron cerca de una palmera que extendía en los aires su gran ramillete de verdor; era la hora en que bajando el sol lentamente al horizonte, deja caer sus últimos

rayos en la obrasada soledad del desierto. Cansada la divina María de larga y penosa jornada, abrumada de calor y sed, se sentó al lado del árbol benéfico. Y luego, enseñando á José los dátiles frescos y ocultos en las hojas del gigante del desierto: ¡Ah! si pudiera, dijo á José, bajar una de esas ramas, y coger la fruta! — Yo, contestó el patriarca, estoy pensando en los manantiales de la dulce tierra de Judá. ¿Quién nos dará una fuente de agua viva para apagar la sed? Durante esas dolorosas quejas, descansaba el niño Jesús sobre el pecho latiente de su madre; y levantándose entonces en las rodillas de la Virgen, apoyó las manitas en el tronco del robusto árbol, diciendo: « Baja la cabeza, orgullosa palmera y presenta á mi madre la fruta de tus ramas. » El árbol gigantesco inclinó desde luego su cabellera de hojas hasta las manos de María, y la fruta, que el sol de Arabia había madurado, fué cogida para alimento del Rey de los reyes. Después de la milagrosa cosecha, la palmera, cual fiel servidor, seguía inclinada, esperando orden de su amo: y el niño, hablándole por segunda vez, dijo: « Ahora vuelve á levantar la cabeza, hijo del desierto, y haz que broten á tus pies las aguas que riegan tus raíces. »

Dócil la palmera levantó sus despojadas ramas. Brotó una fuente limpia á sus pies, tomando José el agua abundante que necesitaba, y como para dar gracias al árbol hospitalario, Jesús le dirigió por última vez la palabra: « Ya que tú me ofreciste tu fruta, y suministraste el agua de tu fuente, yo quiero que una de tus ramas sea plantada por los ángeles en los jardines de mi Padre. En adelante aquel que haya triunfado en los combates de Dios, será coronado con tus hojas. »

Al mismo tiempo, se vió un ángel que desprendió un verde ramo, y se lo llevó hacia el cielo.

Un cirio á María. — Acababa de concluír el oficio, y estaba la iglesia desierta y silenciosa — con el alma sumida en gran respeto, me adelanté hacia la capilla amada, que me recordaba tantas gracias recibidas; allí ardía un cirio ante el altar de la Virgen ¡ Oh María! exclamé dolorosamente, sin duda es un alma afligida del temor de una gran desgracia, la que acaba de ofrecer aquí ese homenaje suplicante. Incitando ese pensamiento mi fervor, me arrodillé en un reclinatorio que allí había, el cual estaba bañado de lágrimas. Una simpática conmoción se apoderó de mí, y me puse á rezar. Vinieron otras personas á visitar, como yo, la iglesia, y se inclinaron también delante de la capilla. Mamá, dijo una niña, ¿ por qué ese cirio que está ahí ardiendo? — ¡ Ah! hija mía, es sin duda de alguna pobre madre, cuya hijo está muy enfermo, que pide á María que se lo conserve. Y la madre y la niña se pusieron á rezar. Llegó luego una viuda vestida de luto, la cual, mientras rezaba, volvía de cuando en cuando los ojos hacia el cirio, figurándose acaso una esposa desconsolada, invocando á María al lado del moribundo esposo. Menos silenciosos que esta última, vinieron dos marinos jóvenes, ¡ Toma! ¡ ha mandado ofrecer mi madre un cirio al irme yo! dijo el más joven; y luego mirando á la Virgen con expresión conmovedora, arrostró la sonrisa de su compañero, el cual también se hincó luego de rodillas. Entraron en la iglesia otros muchos y salieron, y no debieron notar todos el cirio sin duda, pero algunos quizá habrán rezado á intención del corazón afligido que allí lo había colocado, cual mudo solicitador, pidiendo las plegarias de las almas caritativas.

Al salir del lugar santo, me fuí á terminar el día con una familia de amigos cristianos. No estaba en casa la dueña, me dijeron que iba á pasar todos sus instantes al lado de una señora, viuda desde

seis meses, cuyo hijo único de quince años se estaba muriendo. Entonces supe la historia del cirio..... La pobre madre, afligida pero no desesperanzada, voló á la iglesia, donde pasara todas las horas del día, pidiendo la salud de su hijo, pero obligada á prodigarle sus cuidados, no había ido más que á ofrecer un cirio, para que la representara á ella misma en el ardor de continua oración al pie de los altares. Después de encenderlo: María, dijo, ¿ Se apagará la vida de mi hijo antes que la luz? Con todo, cúmplase la voluntad de Dios, y cobrando ánimo y resignación, volvió á casa. — Sabe V., dijo á la amiga que le acompanaba, si mis ruegos no son bastante fervorosos para ser gratos á la Virgen, otros vendrán á juntarse con ellos. Alguna buena alma, al ver arder el cirio, rezará conmigo sin conocerme por el querido objeto de mi voto. » Sí, bien pensaste, madre cristiana: sí, la plegaria de muchas almas siguió á la tuya cuando con la llama del cirio se elevaba hacia el cielo.

Tres meses después, volví otra vez á ver á esa familia, y fuimos todos á misa. En el momento de la comunión, me señalaron un muchacho que, antes de recibir el pan de los ángeles, depuso en el altar de María un corazón de plata dorada. Ese era el muchacho por quien había ardido el cirio. — (Alfredo***.)

Continuación del avemaría del doctor Récamier. — Una mañana asustóse el médico al ver la cara y pulso del desdichado enfermo á quien acababa de auscultar el pecho y corazón.

¡ Oh! en aquel momento necesitó toda su energía para que nadie leyera en sus contristados ojos la sentencia fatal y su próxima ejecución. Se fué con la íntima convicción de que ya no tendría que volver, y como era la familia no sólo creyente, sino

también dedicada abiertamente á la práctica del culto, Récamier, creyendo que ya los sacramentos habían sido administrados, se contentó con decir á las mujeres que lloraban: « Vamos, ánimo, y rezar á Dios, recemos todos: » Luego encargó á un criado que encontró en la escalera que le avisara en caso de catástrofe.

Aquella misma tarde, no recibiendo ninguna noticia mala, volvió otra vez á la calle de Bac, y antes de subir al aposento del enfermo tuvo cuidado de preguntar al portero.

« ¿ Qué hay de nuevo? — Siempre lo mismo, señor doctor, ese pobre joven se está muriendo. »

Subió Récamier, y dando en la escalera con el gran bastón que nunca dejaba de la mano, decía en sí mismo: Pero, señor, ¿ cómo puede ese moribundo, visto el estado en que le dejé ayer, vivir todavía doce horas enteras? Pero aún estaba en los comienzos de sus asombros.

El día siguiente, vivía aún el tísico; por la tarde, también; al otro día, lo mismo, por la tarde también.

¿ Qué es esto? dijo para sí el ilustre práctico, todo el pulmón está enfermo, va creciendo la hipertrofia y estrechando el pecho con exceso; fisiológicamente, y aún mecánicamente me parece imposible la respiración; la vida de ese hombre es casi un milagro continuo. Le vi encima una medalla y un escapulario; ¿ acaso querría la Virgen salvármelo?

Con este pensamiento, subió el doctor la escalera precipitado, y viendo la puerta del aposento providencialmente abierta, entró sin tocar la campanilla como solía.

Un lance inesperado pasaba en el cuarto del enfermo.

« Te lo suplico » decía la joven mujer vertiendo lágrimas.

Y abrazaba á su marido en señal de súplica; la madre, de rodillas al lado de la cama, tenía en sus manos trémulas de emoción la fría mano del moribundo, y con instancia materna le decía:

« Tú verás, hijo, que eso nos traerá buena suerte; todos los días vemos que con esa ceremonia cae la bendición del cielo, y también la convalecencia y la salud. ¡ Hola, hola! ¿ qué hay? dijo el doctor al llegar. — Mira, exclamó la madre levantándose, el señor doctor te lo dirá, porque lo habrá visto muchas veces. ¿ No es verdad, doctor, que los últimos sacramentos salvan con frecuencia á enfermos de peligro? — Sí, por cierto, contestó con entusiasmo Récamier, para quien esa pregunta era una revelación. Desgraciadamente, el enfermo, algo amostazado ya por las instancias de su familia, se sulfura del todo al ver que se admite á un forastero en esos pormenores íntimos, y forcejeando en su lecho con la rabia de un exasperado: « ¡ Dejadme, dejadme todos, murmuró con voz sorda; en vano me atormentáis; me matáis cruelmente, me estáis asesinando. »

En esas circunstancias, era siempre un apóstol el piadoso médico, y estoy convencido de que sería tan imposible contar las almas que él salvó, como enumerar los enfermos á quienes prolongó la vida. Pero en la circunstancia, con su penetrante experiencia, el práctico vislumbró en la discusión religiosa un peligro inminente. Todos sabemos cuán funesta puede ser toda conmoción para los infelices que están expuestos á un aneurisma, y cuán fácil es apagar la luz vital de un tísico que está sucumbiendo. De consiguiente, hizo de modo que se callaran madre é hija.

« Vamos, don Federico, dijo aproximándose al enfermo, dadme esa mano, y no nos enfademos. Piense que esa madre, esa excelente madre, esa excelente esposa y yo, sólo deseamos y ambicionamos una cosa..... el fin, ó siquiera el alivio de sus padecimientos físicos, y la calma y serenidad intelectual, conque no diga nada; quietecito en la cama, para que se desahogue ese berrinche..... luego volveré á verle y déme otra vez la mano. » Y con esto, salió.

« Señoras, cuchicheó á media voz, á las señoras, que le acompañaban hasta la escalera, prudencia y confianza; no le digan nada más, sino supliquen al cielo para que fructifiquen las palabras buenas que ya pronunciaron ustedes. He visto un escapulario en el pecho de don Federico, pues bien, ahora estoy convencido de que la Virgen le protege desde hace unos días; suplíquenla que lleve á cabo la obra, y procuren lograr nada más que con *avemarías* lo que tanto deseamos (*Seguirá mañana*).